

*POIÉSIS*

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social  
FUNLAM

## ADOLESCENCIAS LÍQUIDAS

**Lorena Bower**

Licenciada en Psicología Universidad Nacional de San Luis (Argentina)

Maestrando en Psicoanálisis Universidad del Aconcagua (Argentina).

E-mail: [lorenabower@gmail.com](mailto:lorenabower@gmail.com)

*...Nacemos por así decirlo dos veces: una para existir y la otra para vivir... El hombre no está hecho para quedarse en la infancia, sale de ella en la época prescrita por la naturaleza y este momento de crisis tiene importantes influencias...*

*J. J. Rousseau, Emilio, Tomo V, 1759*

### **Abstract:**

Pensar al sujeto ya no como poseedor de una naturaleza, la célebre naturaleza humana, sino como dueño de una condición que se construye culturalmente constituye el soporte desde el cual se propone discurrir el *ser humano* y específicamente el *ser adolescente* en la contemporaneidad.

### **Introducción:**

Entender al sujeto como dueño de una condición que se obra culturalmente supone concebirlo entramado con su medio, esto es el ambiente y la relación con el otro. Desde este soporte la adolescencia remite a una categoría conceptual socialmente construida cuyo análisis debe contemplar no sólo los aspectos biológicos involucrados sino también las modalidades sociales que asume el pasaje de la niñez al mundo adulto en la contemporaneidad.

### **La liquidez epocal...**

La actualidad revela un marcado cambio en las estructuras culturales colectivas. Los ciudadanos de este tiempo comparten un sentimiento de mudanza y de embarazo que es fiel reflejo del momento que toca vivir. La «Era de la Industrialización» ha dejado paso a la «Era de la Información», este traspaso supone cambios a muchos niveles pero también innovaciones, creaciones e incertidumbre respecto del futuro y sus horizontes. La sociedad muestra los impasses en la transformación de la estructura familiar, del marco socio-educativo, del tejido empresarial y laboral. Los valores y creencias de la modernidad precipitan en el olvido pero aquellos preconizados por la postmodernidad parecen no advenir a cubrir estos espacios. Se asiste a la caída de los relatos de legitimación y con ello de la fuerza simbólica de su función. Las instituciones, sostenedoras del discurso de una época, muestran en forma cada vez más evidente su ineficacia como patrones normativos reguladores de los vínculos que se deben instituir entre los miembros de la comunidad.

Se erige entonces un vacío que profundiza los sentimientos de inseguridad y desamparo colectivos que impactan, fuertemente, en la construcción de las nuevas subjetividades.

Hoy no se encuentra, de forma nítida, nada más allá del magnetismo de los múltiples objetos al alcance y del rompecabezas de fantasías sobre las nuevas e infinitas posibilidades del hombre. Esta sociedad abierta valora el riesgo pero promueve ciudadanos temerosos ante las relaciones y los compromisos; las problemáticas afectivas, las fluctuaciones del ánimo se hacen presentes en las modalidades de la depresión situando al sujeto entre la exigencia del Ideal y la renuncia o la ruptura de los vínculos.

Según Pierre Bourdieu (1998) se opera una «*destrucción de estructuras colectivas*» y promoción de un orden nuevo fundado en el culto del «*individuo solo, pero libre*». A este nuevo sujeto histórico no le cabe ya el nombre de moderno sino que es *hipermoderno, hipercontemporáneo* (Lipovetsky, 2006).

Al decir de Esther Díaz (1999) la modernidad se preguntaba por lo necesario mientras que hoy se instala la pregunta por lo instrumental: «*¿qué conviene hacer?*». La respuesta es hipotética y categórica: «*actuar según lo que desea obtener*». El sujeto entonces se rige por la *postmoralidad* cuya

característica distintiva es ubicarse más allá del deber, funcionar según una ética mínima, sin obligación ni sanción, fundada en la tolerancia y la permisividad (Lipovetsky, 2006).

La globalización se impone preconizando la continuidad geográfica, mediática que reemplaza a la continuidad existencial en la que se conjugaban historia y memoria. Las nociones de tiempo y espacio se alteran poniendo al sujeto al pie de (todos) los acontecimientos sin importar el lugar del orbe donde se produzcan.

En este contexto de mutaciones, de inseguridad, de fluctuaciones e imprecisiones el adolecer no puede sino asumir rasgos distintivos.

### **Adolescer...**

Al inicio de este escrito se definía a la adolescencia como un concepto socialmente construido. Muchas son las significaciones que a lo largo de la historia ha tenido el ser adolescente, se lo ha considerado sinónimo de posibilidades; de tiempo legítimo para el estudio y la capacitación; de lapso para la postergación de las responsabilidades propias del mundo adulto; como período de moratoria psicosocial y por tanto de especial tolerancia por parte de los adultos. Empero los cambios sociales han impactado también sobre estas consideraciones válidas hasta el siglo pasado.

En la sociedad actual resultan escasos los adolescentes que pueden vivir el tiempo de moratoria. El ingreso al mundo adulto; al mercado laboral; a la vida de padres resulta cada vez más prematuro; por otra parte, la moratoria en tanto plus de energía (pulsional) sumado a la prisa de una época torna el futuro lejano, el pasado inexistente y se impone la celebración del presente. El hoy es el banquete que se devora frenéticamente dotando al adolescente, en ocasiones, de un sentimiento de invulnerabilidad asociado con la temeridad con lo cual no duda en arrojar a los brazos de la muerte para conseguir un plus de placer, de goce en realidad. De este talante resultan acciones riesgosas y otras directamente autodestructivas tales como deportes extremos, noches interminables de diversión donde se funden adicciones, riñas, provocaciones y

demás. La vida adolescente queda bajo la égida del lema epocal por el cual la vejez es un mal a evitar, entonces «*mejor morir joven a envejecer*».

Sin embargo no es este el único imperativo hipermoderno que hace mella en la subjetividad adolescente. En un mundo regido por la primacía de lo imaginario, donde todo lo valedero se coagula en una imagen el cuerpo deviene un objeto de adoración, la consistencia más sólida del ser hablante que se exhibe en una pasarela permanente, a veces como cuerpo musculado y/o bello, otras como cuerpo sufriente, anoréxico pero siempre como estratagema para convocar la mirada legitimadora del Otro. Mirada que tiene valor creador: es capaz de crear un cuerpo; de otorgar una identidad; de habilitar, en definitiva, el acceso al ser. Ahora bien para poder crear es necesario poder creer, requisito ineludible que debe cumplir el Otro. Esto abre las puertas para pensar en el lugar de los ideales y la necesaria confianza en el Otro como articuladores del acontecer adolescente.

Un breve examen de tiempos pasados, y no remotos, muestra que el ingreso a la edad adulta se veía favorecido por la presencia de Otros significativos que permitían, al modo de don, dejar el mundo de la infancia e incorporarse al mundo adulto. Estos Otros encarnaban la posición de ideales erigiéndose como modelos de conducta en torno a los cuales se enlazaba la identidad adolescente.

Vale recordar que el Ideal es un operador que al suponerle y otorgarle consistencia al Otro, manifiesta confianza y también un cierto respaldo; lealtad; amor; solidaridad y fidelidad. Tutela los hilos de la trama que soportan la convivencia y el posicionamiento del sujeto en la cultura. El problema se presentifica cuando se pierden los códigos que ordenan esa trama; cuando el adolescente gira hacia el Otro y encuentra el vacío, la ausencia de una mirada que debiendo ser garante de la subjetividad, se dirige, dolorosamente, siempre a otro lugar. Para suplir esa falta de confianza se alzan una multiplicidad ídolos, a los que se le «suplica» una permanencia que no pueden conquistar; son ídolos fugaces, efímeros, reemplazables, faltos de garantía y consistencia.

Es así que el adolecer ya no acontece mediado por los adultos en un clima social sino que se impone la socialidad, *socialité*, un «estar juntos» (*être-*

*ensemble*) que propicia prácticas colectivas caracterizadas por el ansia de afirmación radical de la vida, de exteriorización de la potencia social; por un irrefrenable «*querer vivir*» mediante el cual se anhela sobrepasar los límites de lo instituido socialmente como posible (Maffesoli, 1977). Es desde esta noción de composición social masiva, con menos coherencia y cohesión desde la cual se redimensiona la noción de masa possibilitando pensar el estallido de la socialidad en las tribus, que vienen a dar cuenta del discordante y perpetuo vaivén que se establece entre la masificación progresiva y el desarrollo de esos microgrupos de comunión afectiva laxa que se cimentan en un estar en el mismo lugar con una ocupación poco definida pero compartida. En suma, el debilitamiento del lazo social da lugar a una «*vida en simultáneo*» carente de reconocimiento, de intercambio efectivo pero plena de nuevas grupalidades en las que parece hallarse algo de la identificación esquiiva.

La experiencia de aceleración del tiempo subjetivo, la vivencia de protagonizar un tiempo social variopinto, cambiante hacen que el adolescente visualice un horizonte sin relieves, planificado por la reproducción del capital.

La desorientación que impregna el sentir adolescente es idéntica a aquella en la que se hunde el espíritu adulto. Esta desorientación, erigida cuasi en un emblema epocal comparable a la náusea sartreana moderna, es un sentir que atraviesa a todas las generaciones sin embargo, el adolescente por su situación de desamparo, de pérdida resulta más vulnerable a sus embates. En duelo por el niño que ya no es y con temor por el hombre que debe ser, sumido en un movimiento dialéctico entre transformación y permanencia debe confrontar y subjetivar el encuentro con un real que desestabiliza la red significativa que usufructuaba como sujeto-niño; de pronto ya nada es lo que era.

El adolescente se halla en *souffrance*, sufrimiento recordando que en la lengua francesa este término significa a un mismo tiempo sufrimiento y espera. Sorprendentemente también la realidad está ahí sufriendo, aguantada y a la espera (Lacan, 1964). Esta sutil coincidencia no hace sino remarcar el punto de partida: un sujeto entramado con su medio, tornando imposible teorizar respecto las patologías adolescentes sino es re-conociendo

precedentemente las patologías sociales; no es exacto decir del malestar adolescente sin asumir la parte de malestar social en ello presente.

Entonces cuando se habla de adolescentes problemáticos, violentos, adictos, malos, crueles...ángeles negros en definitiva, tal vez sería necesario tornar la mirada sobre el contexto. Sorprenderá ver que aquello que se atribuye a un *devenir adolescente* es en realidad parte constituyente del *socius* actual.

Debatiéndose entre el paraíso perdido y el paraíso por-venir, el adolescente procura hacerse un lugar en una sociedad a la que le faltan palabras y le sobran significados. No es extraño entonces que esta búsqueda se haga por la vía del acto, reduciéndose a un cuerpo, cuerpo que goza, que sufre y que intenta hacerse de un nombre, de un rostro aún cuando para ello deba arrojarse a los brazos de la muerte.

*Singular época debe ser esta en la cual es preciso dejar de ser... para ser.*

#### **Referencias Bibliográficas:**

1. Bourdieu, P. (1998). L'essence du néolibéralisme. En *Le Monde Diplomatique*, N°528. Paris.
2. Díaz, E. (2000). *Postmodernidad*. Buenos Aires: Biblios. 2005
3. Lacan, J. (1964) Seminario XI. *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.1987
4. Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
5. Maffesoli, M. (1977). *El tiempo de las Tribus*. Barcelona: ICARIA Editorial. 1990
6. Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Obras Completas. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.1979.